

IMPRESIONES.

(NOTAS DE MI CARTERA.)

LAS HOJAS SECAS.

¡Qué infernal carrera las imprime el viento cuando sacudidas corren por el suelo en revuelto torbellino!

La imaginacion vé en ellas séres quiméricos perseguidos por el huracan de la envidia.

Creeríase un juego de niños en desenfrenada corrida, el vuelo de centenares de pajaritos que huyen buscando y disputándose su alimento.

La vista no se da cuenta de aquel constante movimiento de hojas que ruedan, suben, bajan y se enredan en nuestros piés, segun el impulso del viento!

EL VIENTO,

¿Habeis visto alguna vez el efecto del viento en una extensa pradera....?

Parece que al pasar levanta olas como en encrespado Océano, doblando la hierba en una larga circunferencia que aparece á la vista más clara en el conjunto verde del terreno.

¿Y en esos larguísimos árboles tiesos y desnudos, que se ven aislados en grupos de tres ó cuatro delante de una rústica vivienda ó en la cima de algun montículo?

El viento fuerte dobla con fúria sus altas puntas, cual si les forzara á inclinarse ante la tierra en son de sumision y tributo; y si sopla ligero, el lento balanceo nos recuerda el paso grave y majestuoso de guiones y estandartes de una procesion.

MAREA ALTA.

La marea sube, las olas son cada vez más fuertes, revientan en blanca espuma á lo largo de las rocas. El viento, mucho más agitado que hace un instante, arrolla las cimas de estas olas y las corona de ligeros copos blanquecinos que semejan á lana estirada en manos del cardador. El mar, há breves momentos tan silencioso, deja oír ahora su gran murmullo, que resuena en el fondo de nuestra alma y la llena de respeto y admiración hácia el Soberano de todas las cosas, cuya voluntad divina impuesta al Océano parece haberle dicho: *«Llegarás hasta aquí, pero no darás un paso más.»*

Y nos conmueve de entusiasmo el ver á lo lejos la ola que avanza con movimiento uniforme, elevándose segun se aproxima, y como si tratara de sepultarnos en su seno; mas repentinamente revienta y decrece á medida que va faltándole la profundidad en la arena, y concluye por convertirse en una delgadísima hoja de agua, que al último esfuerzo impulsivo se levanta para caer sobre sí misma con espirante sonido, que parece el golpear de una tabla!

MUERTA NATURALEZA.

¡Oh! y qué congoja asalta al observador que estos días de invierno vé el panorama que abarca su vista, rígido, frío, muerto!

Si mira al cielo, las nubes plomizas, sin movimiento, faltas de aire que las empuje, parecen hallarse amenazando nuestras cabezas de una lluvia de plomo; en la tierra, en el campo, ni el más leve ruido: los árboles desnudos, con sus flexibles ramas quedas, sin que discrepen un ápice de la posición tomada, faltas también del ligero vientecillo que las bambolea; las lejanas montañas blanqueadas en sus cimas por esa pintura de la naturaleza, tan fría como bonita, y que hemos dado en llamarla nieve, y las próximas en triste soledad y profunda sombra; viviendas, caminos y hasta seres, todo participa de ese no sé qué que existe en la atmósfera y que nos previene de que la naturaleza ha muerto.

Así como en primavera el renacimiento vegetal domina á todo otro orden de cosas, ahora en estos lúgubres días de invierno la actividad del hombre, su lucha por la existencia, es lo que manifiestamente indica que la tierra, aunque aletargada, vive.

Y sin embargo, al mismo tiempo que notaba este grandioso silen-

cio de la naturaleza, una rústica boda en continuado jolgorio, compuesta de crecido número de aldeanos, bailaban y cantaban con estrépito sin igual; pero qué significan ese y otros mil ruidos semejantes en el gran silencio de la esfera? Un átomo de alegría nada más!

ÉXTASIS.

Al amanecer de un coloreado crepúsculo de verano, cuando descartando por un instante nuestro pensamiento de las miserias de este mundo, hemos logrado desentendernos de esta envoltura carnal para fijar nuestro espíritu en la contemplacion de la hermosura de la naturaleza, ¿habrá mortal que niegue momentos tan sublimes de felicidad?

Con los cinco sentidos puestos en el soberbio cuadro que tenemos delante; bóveda azul tachonada de estrellitas, faja rojiza en las perfiladas cimas por donde acaba de ocultarse el sol, manchas de fuego extendidas por el horizonte, la plateada faz de la luna asomando por Oriente á manera de colosal globo; la ciudad ó el pueblo en la penumbra, masas oscuras los montes, cintas polvorientas los caminos, á distancia chispas luminosas, fugaces las unas, fijas las de los reverberos; en la bahía ó el estanque el líquido elemento chapoteando al rielar de la luna con sus distintos tonos de luz, proyeccion del último destello; en fin, los campos descansando de la sofocacion producida por el inflamante astro del dia y humedeciéndose la seca tierra en escaso rocío, con este cuadro, en esta situacion de ánimo ¿es posible que haya quien recuerde las ambiciones del mundo, mujer, fortuna y honores?

Hemos olvidado esto por un segundo y sido felices. ¿Qué vale todo eso comparado con un momento de éxtasis?

Desgraciadamente, habrá muchos para quienes este arrobamiento en un siglo tan positivista parecerá una *chifladura*. ¡Infelices! Morirán sin saber lo que es haber vivido.

ALFREDO DE LAFFITTE.

